

3 Feb. 76
17355

RIENZI.

GRANDE ÓPERA TRÁGICA EN CINCO ACTOS.

POESÍA Y MÚSICA

DE

RICARDO WAGNER.

VERSION CASTELLANA,

PRECEDIDA DE LA BIOGRAFIA DEL CÉLEBRE MAESTRO,

POR

ANTONIO PEÑA Y GOÑI.



MADRID: 1876.

ANDRÉS VIDAL (HIJO).

EDITOR,

Carrera de San Gerónimo, 34

ALMACEN DE MÚSICA.

1293
Madrid 2 febrero 1876
Andrés Vidal Hijo

L47 - 6730

ANDRÉS VIDAL HILLO
EDITOR DE MÚSICA
CALLE DE S. GERÓNIMO 34
MADRID

RIENZI.

GRANDE ÓPERA TRÁGICA EN CINCO ACTOS.

POESÍA Y MÚSICA

DE

RICARDO WAGNER.

VERSION CASTELLANA,

PRECEDIDA DE LA BIOGRAFIA DEL CÉLEBRE MAESTRO,

POR

ANTONIO PEÑA Y GOÑI.



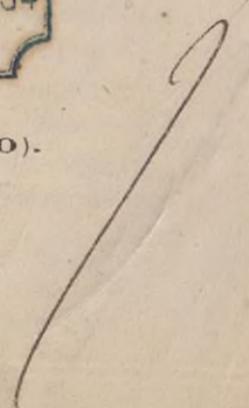
MADRID: 1875.

ANDRÉS VIDAL. (HIJO).

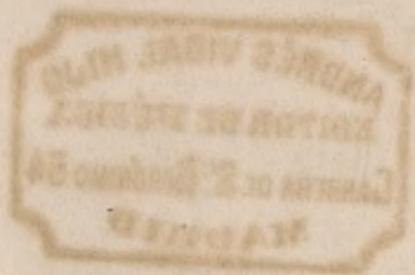
EDITOR,

Carrera de San Gerónimo, 34,

ALMACEN DE MÚSICA.



Reg. no 324 feb 26



Establecimiento tipográfico de **EL GLOBO.**
CALLE DE LOS CAÑOS, 1.

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

El libreto de *Rienzi* no está, como la generalidad, dividido en escenas. Wagner, iniciando ya las teorías lírico-dramáticas que más tarde desarrolló con mayor extension, hace que los diversos episodios del drama se sucedan sin division alguna. La intervencion de los personajes y las entradas y salidas de estos no están, pues, marcados por escenas.

Y como esta circunstancia hubiera podido quizá ser causa de cierta confusion, hemos creído que lo más acertado sería señalar la division escénica tal como se halla en la parte musical, para que los aficionados pudieran así seguir, con sujecion á la partitura, todos los incidentes de la obra de Wagner.

Así lo hemos hecho al llevar á cabo la version castellana del poema original del célebre maestro; version para la cual hemos tenido á la vista la traduccion directa del texto aleman que hizo el poeta y compositor wagnerista italiano Arrigo Boito, cuando el *Rienzi* se ejecutó en Venecia. Esta traduccion es la que rige en Italia y la que servirá para las representaciones de la obra en el Teatro Real.

Con el objeto, además, de contribuir, en la escasa medida de nuestras fuerzas, á la mayor comodidad é ilustracion de los aficionados, podrán hallar estos una detallada biografia de Wagner, biografia que precede á la version castellana de su poema *Rienzi*.

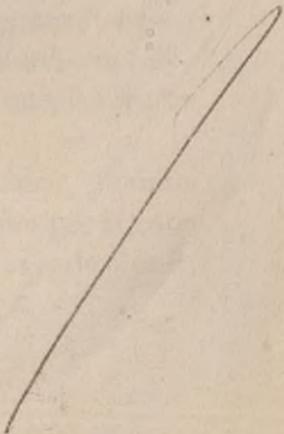
Nunca como ahora es tan necesaria la abundancia de datos, ya que se trata de juzgar, por vez primera en Madrid y en España, á un compositor dramático de ruidosa fama, y cuyos proyectos artísticos, en los actuales momentos, absorben casi por completo la atencion del mundo musical.

Dar á los aficionados cuenta de los hechos artísticos y personales de Wagner; hacer conoèer las vicisitudes numerosas y de diversos géneros, los triunfos y las derrotas del gran maestro, descartando cuidadosamente toda consideracion que pudiera influir en pró ó en contra de su primera tragedia lírica: tal ha sido nuestro objeto.

El público madrileño dispensará al *Rienzi*, por lo demás, la acogida que estime más conveniente.

Antonio Feña y Goñi.

WAGNER.



WAGNER

RICARDO WAGNER.

El autor de *Rienzi*, el renombrado artista cuyas atrevidas teorías respecto al drama moderno han dado márgen á los acaloradísimos debates de la Europa musical, el compositor célebre que, vituperado é insultado por unos, elevado al cielo por los otros, ha dado muestras de una firmeza de carácter realmente inverosímil, Ricardo Wagner, en una palabra, nació, hijo de un oficial de policía, en Leipzig, el 22 de Mayo de 1813, y quedó huérfano de padre á los seis meses de su nacimiento. Casóse al poco tiempo su madre en segundas nupcias con el cómico Luis Geyer, que era al mismo tiempo pintor. Contratado Geyer para el teatro de Dresde, se estableció en esta ciudad con toda su familia, y dedicó á su hijastro al estudio de la pintura.

No habia cumplido Wagner siete años, cuando su padrastro murió, dejándole huérfano por segunda vez. El niño arrojó bien pronto los pinceles y

se presentó resueltamente á un reputado músico, á quien suplicó le enseñára los primeros rudimentos del divino arte. Hizolo así el maestro, y dos años más tarde el jóven Wagner sabia lo bastante para tocar en el piano con precision y colorido la difícil overtura del *Freyschütz*, de Weber, aunque solo la habia oido una vez en el teatro de Leipzig.

En esta época Wagner interrumpió bruscamente las lecciones de piano y se apasionó por la poesía. Este apasionamiento dió por resultado una terrible tragedia (*a most terrible tragedy*, dice un biógrafo inglés), especie de combinacion de las obras de Shakespeare, *King Lear* y *Hamlet*, en la cual perdian la vida nada ménos que 42 personajes, y que por fortuna no llegó á representarse.

Una sinfonía de Beethoven, que entusiasmó á Wagner, modificó sus inclinaciones, y desde aquel momento juró que sería músico. Dedicóse al estudio de la armonía y la composicion bajo la direccion de Weinlig, profesor de la escuela de Santo Tomás de Leipzig, y asistió al mismo tiempo con afan á las aulas de la Universidad, donde estudió con gran aprovechamiento y especial predileccion los antiguos clásicos, la filosofia, la estética, la historia romana y la mitología gentílica.

A estos estudios, continuados despues concienzudamente, dice él mismo que debe su facilidad para escribir los libretos de sus principales óperas.

El primer ensayo musical de Wagner fué una

overtura, ejecutada en Leipzig en los conciertos de *Gewandhaus*; poco tiempo despues, á la edad de diez y nueve años, escribió una sinfonía, que obtuvo éxito, pero cuyos defectos hicieron comprender al compositor la necesidad de adquirir conocimientos completos del contrapunto y la fuga.

Estos trabajos, dice Clément, ocuparon á Wagner durante el año 1834, en que tuvo que trasladar su residencia á Würzburgo, cuyo clima, más benigno que el de Leipzig, fué beneficioso para la delicada salud del jóven compositor.

Completamente restablecido á fines del citado año, Wagner fué nombrado director de orquesta del teatro de Magdeburgo, donde escribió su primera ópera, titulada *Die Feen (Las Hadas)*, cuyo asunto está tomado de una novela de Gozzi, y en la que el maestro imitó el estilo de Weber, muy en boga en aquel tiempo en Alemania. La obra de Wagner no llegó á representarse por motivos desconocidos; pero el célebre autor del *Oberon* dióle algunas lecciones, que fueron muy provechosas, segun declara Wagner en una de sus obras literarias.

La *Muta di Portici*, de Auber, que en 1836 oyó Wagner por vez primera, inspiróle una nueva produccion, *La Novicia de Palermo*, que en aquel mismo año se estrenó en el teatro de Magdeburgo. Esta ópera, cuyo argumento está basado sobre el de la comedia de Shakespeare, *Medida por medi-*

da, no tuvo más que una representacion. Wagner experimentó tal despecho por la caída de *La Novicia de Palermo*, que abandonó el teatro de Magdeburgo, y se trasladó á Koenigsberg, donde se encargó de la direccion de orquesta de aquel teatro.

No tardó mucho en dejar este destino y partir para Riga, encargándose de la direccion de la capilla en este último punto. La ambicion empezaba á manifestarse en Wagner; su apacible vida de director no le satisfacía; ansiaba brillar como músico, y su país no le ofrecía para ésto las mayores garantías.

Casóse en Riga con una artista de talento y corazon, y se decidió á emprender la marcha á París, creyendo que los franceses apreciarían sus ideas y estimularían su talento. A este efecto, escribió en pocos dias el poema de *Rienzi, ó el último de los tribunos*; compuso el primer acto de la ópera, trabajó algo en los demás, y embarcóse en Riga, llevándose el *Rienzi*, con la esperanza de ponerlo en escena en la capital de Francia. Y aquí comienza el episodio más triste de la agitada existencia de Wagner.

El buque que lo conducía naufragó en las costas de Noruega, y solo á fuerza de grandes penalidades pudo Wagner llegar á Boulogne-sur-Mer. Falto de recursos para continuar el viaje, tuvo que detenerse cuatro dias en esta poblacion, donde

afortunadamente residía por algun tiempo el ilustre autor de *Los Hugonotes*.

Presentóse á él el desgraciado artista, y Meyerbeer, que era grande en todas cosas, le proporcionó recursos y cartas de recomendacion para París. Esto ocurría en 1840.

Una vez en París, Wagner tuvo que apurar hasta las heces el cáliz de la amargura. Pillet, que era director de la Academia real de Música, se negó á aceptar el *Rienzi*; más benévolo el del teatro del Renacimiento, pidió á Wagner su partitura; entrególa éste lleno de alegría, y cuando se iban á empezar los ensayos, quebró la empresa, cerróse el teatro, y quedó *Rienzi* relegado al olvido.

Dos años, de 1840 á 1842, permaneció Wagner en París, pobre, lleno de privaciones, arreglando para piano las óperas más en boga (1), y obligado á humillarse á las mayores exigencias. Schlesinger, editor de música y propietario de la *Gaceta Musical*, ofreció á Wagner las columnas de este periódico, y en él aparecieron los primeros artículos del célebre reformador, que llamaron la atención poderosamente, sin amenguar por esto las torturas morales y la miseria que afligian al pobre artista.

A fines de 1842, y hallándose en el colmo de la

(1) Hemos visto un ejemplar de *La Favorita*, de Donizetti, arreglada para piano por R. Wagner.

miseria, recibe Wagner la noticia de que su *Rienzi* se va á poner en escena en Dresde. Sin recursos para emprender el viaje, vende por 500 francos, á la administracion de la Opera, el poema del *Buque fantasma*, cuya propiedad se reserva en Alemania, y vuela á Dresde para asistir en persona á los ensayos del *Rienzi*.

La célebre artista señora Schroeder-Devrient es un poderoso concurso para Wagner; represéntase al fin la ópera, y su éxito es tan grande, que el compositor es nombrado inmediatamente maestro de capilla del Rey de Sajonia.

Enardecido con el éxito de su *Rienzi*, Wagner aprovecha la influencia que le presta su nuevo cargo para poner en música el *Buque fantasma* (*Der fliegende Hollander*), que se estrena en Dresde el 2 de Enero de 1843. Esta obra se representa en varios teatros de Alemania, y el nombre de Wagner crece por momentos.

Lejos de descansar despues de tantas fatigas, Wagner no descansó, y dos años más tarde, el 21 de Octubre de 1845, se estrenaba en el teatro de Dresde el *Tannhäuser*, ópera en tres actos, letra y música del celebre compositor. El entusiasmo que esta obra produjo en el público fué tal, que despues de haber llamado á Wagner á la escena al final de todos los actos, los músicos de la orquesta, seguidos de una multitud imponente, se dirigieron con antorchas á la casa que habitaba el maestro, y

ejecutaron bajo sus balcones una gran serenata, compuesta de piezas escogidas de las óperas de Wagner y de Meyerbeer.

Despues del éxito colosal del *Tannhaüser*, Wagner compuso una nueva ópera, el *Lohengrin*, que iba á ponerse en escena cuando estalló en Alemania la revolucion de 1848. Wagner, cuyas opiniones republicanas eran muy conocidas, tomó una parte muy activa en aquellos sucesos, batiéndose en las calles y defendiendo barricadas con el mayor ardimiento. Sofocada la insurreccion, tuvo que huir herido á Suiza, refugiándose en Zurich, donde permaneció desterrado durante seis años.

Listz, íntimo amigo de Wagner, y uno de los apóstoles de su música (el celebérrimo pianista observó más tarde igual conducta con Berlioz, á quien prestó inmensos servicios); Franz Listz, repetimos, alma ardiente, apasionado compañero y leal amigo, consiguió que el *Lohengrin* se pusiera en escena en Weimar, en Setiembre de 1850. Listz en persona dirigió la orquesta, que le regaló al final de la obra una batuta de plata. La ópera de Wagner obtuvo un éxito extraordinario, el nombre del maestro fué aclamado con entusiasmo, y los teatros de Alemania ejecutaron sin interrupcion su última obra, el *Tannhaüser* y el *Buque fantasma*.

Orgullosa Wagner con justa razon, y creyendo sin duda el terreno suficientemente preparado pa-

ra lanzar al público sus doctrinas revolucionarias, empezó á publicar desde el destierro, en que todavía se hallaba, sus obras de literatura musical, en las que, entre ciertas nebulosidades metafísicas, expuso con energía y lucidez sus teorías acerca del arte.

El arte y la revolucion, La obra del porvenir y Opera y Drama, fueron los primeros trabajos literarios de Wagner, comprendidos más tarde en su última obra literaria, *Cuatro poemas de óperas, traducidos en prosa francesa y precedidos de una carta sobre la música, por R. Wagner.*

Poco tiempo despues de la publicacion de este opúsculo, destinado á preparar la opinion de los franceses en favor del *Tannhaüser*, representóse esta obra en París, el 13 de Marzo de 1861, y fué silbada con estrépito. Los franceses, henchidos de ese amor propio, de esa suficiencia que tanto han proclamado; los franceses, que no conciben en artes, en política ni en literatura, nada que se parezca á su cien mil millones de veces cacareada Francia, llenaron á Wagner de insultos é invectivas, pusieronle en ridículo, condenaron *urbi et orbi* sus doctrinas, llenaron los periódicos satíricos de caricaturas que representaban al autor del *Tannhaüser* en las más bufonescas posturas, mientras llenaban el mundo de admiracion elevando hasta las nubes á Meillhae, Halevy y Offenbach.

No faltaron, sin embargo, artistas como Berlioz

y críticos como Reyer y Gasperini, que trataron extensa y concienzudamente las obras de Wagner, censurando sus aberraciones y poniendo de relieve sus admirables cualidades.

Tristan et Iseult fué la penúltima obra de Wagner, escrita durante una corta estancia del autor en Venecia en 1852, y representada con gran éxito en Munich, el 10 de Junio de 1865. El príncipe real de Baviera, entusiasta admirador del maestro, levantóle el destierro en 1864, época del advenimiento al trono de este príncipe bajo el nombre de Luis II, nombrándole su primer *cappel-meister* (maestro de capilla), y dándole habitacion en el real palacio.

Las cábalas de la córte hicieron volver á Suiza á Wagner; pero más tarde volvió á los favores del Rey de Baviera, que desde entónces acá no le ha abandonado.

La última ópera del eminente maestro, *Los maestros cantores de Nuremberg (Meistersinger)*, se estrenó en el teatro Real de Munich, el 21 de Junio de 1868. Durante la primera representacion Wagner se hallaba en el palco régio á la derecha de Luis II; el público victoreó largo rato al monarca y á su artista favorito.

Desde esa época Wagner ha enmudecido, pero su silencio, léjos de obedecer á la inaccion, ha llenado uno de los períodos más trabajosos tal vez de la vida del maestro.

Poco tiempo despues del éxito colosal que obtuvo el *Lohengrin* en toda Alemania, púsose Wagner á componer la poesía y música de una gran trilogía inspirada en la popular leyenda alemana de los *Nibelungen*, siguiendo en esto su costumbre de acudir al terreno legendario, como anteriormente lo habia hecho con la tradicion del *Mons Veneris* (*Tannhäuser*), la del *Holandés volante* (*El buque fantasma*), la del *Caballero del Cisne* (*Lohengrin*) y la del *Tristan é Iseult*, la más abstrusa é incomprendible de todas sus producciones; siguiendo, repetimos, este sistema que ha guiado siempre la ardiente imaginacion del gran maestro, emprendió la composicion de los *Nibelungen* en 1852.

Dividió primeramente este drama legendario en tres partes: Primera, *Reinghold*. Segunda, *La juventud de Siegfredo*. Y tercera, *La muerte de Siegfredo*, dando á cada una de dichas partes las dimensiones é importancia de una ópera separada.

La adoracion que Wagner profesa al antiguo teatro griego, condújole, sin duda, á extremo tal, sirviéndole de norma quizá, el corte que daban á sus obras Esquilo y Sófocles, los grandes génios del helenismo.

Vuelto á las buenas gracias del jóven Luis de Baviera, que por razones políticas más que musicales se habia visto precisado á desterrar á su favorito compositor, Wagner terminó la composicion de la trilogía y convirtióla en *Tetralogía* por la

agregacion de una nueva parte, cuyo título nos es desconocido.

Trabajó asiduamente en la composición de esta nueva ópera, retocó con cuidado lo anteriormente escrito, y una vez terminada la *Tetralogía*, ocurriósele á Wagner una de esas ideas raras, pretenciosas y grandes al propio tiempo; una de esas ideas por las que frecuentemente se ha impuesto á amigos y enemigos, y que obedecen directamente á la idiosincrasia de ese ser verdaderamente sorprendente hasta en sus más pequeños detalles.

Acostumbrado, es verdad, á luchar con valor y serenidad contra las mayores desgracias, tan pronto perseguido por la desgracia como favorecido por los halagos de la fortuna, no podia ocultarse al claro talento del célebre maestro los grandes entorpecimientos, las inmensas dificultades que la *mise en scène*, y ejecución de su cuádruple partitura habian de originarle.

Entonces concibió el atrevidísimo proyecto de erigir un teatro exclusivamente dedicado al extremo de los *Nibelungen*, teatro en el que no se ejecutarían más óperas que las de la propia y exclusiva composición del maestro de Munich.

Hizo abrir suscripciones entre todos los wagneristas de Europa y América, organizó conciertos, pidió auxilio á su entusiasta soberano; removió cielo y tierra, como vulgarmente se dice, para llevar á cabo su idea, y tal es, según parece, el número de

adeptos del porvenir que hay por esos mundos de Dios, que no tardó mucho tiempo en reunirse la cantidad necesaria para la ereccion del teatro en Bayreuth, poblacion designada por el maestro.

Construido el coliseo, faltaba aun una gran cantidad para sufragar los gastos de la *mise en scène* y ejecucion. Las sociedades wagneristas establecidas en casi todas las grandes capitales, hicieron fuerza de velas, y Lóndres, Nueva-York, Viena, Berlin, etc., reunieron al fin la suma pedida.

Por su parte Wagner no se descuidaba; como Meyerbeer buscó una Selika y un Vasco durante diez ó doce años, así buscaba Wagner sus cantantes, recorriendo toda Alemania, deteniéndose en las principales ciudades para dar conciertos, y allegando así fondos para su atrevida empresa.

No hace mucho tiempo, el 1.º de Marzo próximo pasado, organizó en Viena un gran concierto, en el que se ejecutó un fragmento de la tetralogía, titulado *El crepúsculo de los Dioses*. Los precios de las localidades alcanzaron sumas fabulosas, el concierto obtuvo un éxito inmenso, y los productos fueron á engrosar los fondos destinados al teatro de Bayreuth.

Hoy los preparativos se hallan completamente terminados, y ya los principales periódicos de Europa siguen con gran atencion todos los incidentes de este curioso acontecimiento.

Los artistas elegidos por Wagner son alemanes,

y por tanto completamente desconocidos por nosotros. El reparto de la tetralogía se ha hecho del modo siguiente:

Brunhilde; la F. Materna, de la Opera de Viena. *Erda*; la Oppenheim, de Francfort. *Siegfredo*; Glatz, de Pesth. *Siegmunco*; Betz, de Berlin. *Wotan*; Viemann, de Berlin. *Hagen*; Scaria, de Desde. *Albérico*; Cárlos Hill Schwerin. Dos gigantes (?) que no cantan; Eibers, director de orquesta de Coburgo, y Weis de Breslau.

Las otras partes no están todavía definitivamente repartidas entre la Lechman, de Colonia; la Grönn, de Gotha, y Gura, de Leipzig.

Todos los artistas citados en el reparto están hace tiempo estudiando la tetralogía bajo instrucciones verbales del maestro, y por invitacion de éste deben hallarse en Bayreuth en el próximo mes de Julio, á fin de empezar los ensayos al piano.

Durante el invierno, tres maestros muy reputados, Lampe, Seidel y Richter, que han estudiado la partitura con Wagner, ensayarán á los artistas en las respectivas residencias de Alemania en que estos se hallan establecidos, y en Julio del año venidero, 1876, se estrenará en Bayreuth la tetralogía.

En la fachada del teatro se ha colocado un gran cuadro en el que están pintados los episodios culminantes de la leyenda. Las decoraciones están concluidas, y para cada cuadro hay una compuesta toda de una pieza.

Los cambios de decorado serán frecuentes, para lo cual se ha establecido un método nuevo, que consiste en dejar caer desde las bambalinas ó hacer subir desde el foso la decoracion completa, en brevísimos momentos. De esta manera se evita la affluencia de maquinistas sobre la escena.

Entre bastidores habrá varios compositores que, despues de estudiar detenidamente la partitura, se encargarán de vigilar la colocacion de las decoraciones y dar las salidas á los artistas.

Tales son, en suma, los grandes preparativos que se hacen para la solemne representacion de los *Nibelungen*, para lo cual, ese loco que llaman Wagner, tiene á su disposicion la nata y flor de los músicos alemanes.

¿Serán los *Nibelungen* la batalla decisiva de la música del porvenir? No lo sabemos; pero sea cualquiera el éxito de la tetralogía, Ricardo Wagner ha hecho más de lo suficiente para figurar en lugar sobresaliente en la historia del drama lírico.

La vigorosa sávia que el gran maestro sembró con mano pródiga, fructificará tarde ó temprano. Muchos de los que vituperaban á Wagner, se vuelven hoy hácia él; á muchos artistas eminentes se ha impuesto el autor de *Rienzi*.

¿Quién sabe si Wagner, el loco, acabará como Beethoven, el bárbaro?

PERSONAJES.

NICOLÁS RIENZI, notario pontificio.	SR. TAMBERLICK.
IRENE, hermana suya.....	SETA. SPAAK.
STÉFANO COLONNA, jefe de la familia Colonna.....	SR. ORDINAS.
ADRIANO, hijo suyo.....	SR. POZZONI.
PABLO ORSINI.....	SR. ROUDIL.
RAIMUNDO, legado papal.....	SR. DAVID.
BARONCELLI.....	} Ciudadanos romanos.
CECCO DE VECHIO...	
UN MENSAJERO DE PAZ.....	SR. SANTES.
	SR. UGALDE.
UN HERALDO.....	STA. FERRARI.

Embajadores, lombardos, napolitanos, bávaros, bohemios, etcétera, etc. Nobles romanos. Burgueses de ambos sexos. Mensajeros de paz. Sacerdotes y monges de todas las órdenes. Soldados. Guardias de Rienzi.

La acción se verifica en Roma, hácia la mitad del siglo XIV.

ACTO PRIMERO.

Una calle; en el fondo la iglesia de San Juan de Letran; á la derecha la morada de Rienzi. Es de noche.

INTRODUCCION.

Orsini y varios nobles entran en escena.

ORSINI.

Esta es la casa; allí está el terrado. ¡Animo! Escalamos el muro enemigo. *(Dos nobles acercan una escala á la casa de Rienzi y penetran en ella por la ventana abierta.)* Arrancaremos aquella hermosa de las garras del leon. *(Los nobles arrastran á Irene fuera de la casa.)*

IRENE.

¡Cielos! ¡Socorro! ¡Traicion!

LOS NOBLES.

¡Oh, qué extraño rapto, en la casa de un plebeyo!

IRENE.

¡Ignominia! ¡Cruel ultraje!

LOS NOBLES.

¡Por qué te ruborizas? Estás entre nobles.

ORSINI.

Ven, fantástica doncella; contéplame antes que á nadie.

IRENE.

¡Cielos! ¡Piedad!

ORSINI.

El chasco ha sido magnífico; dirijamos ya nuestros pasos hácia otra parte. *(Orsini y los suyos se preparan á huir con Irene, cuando se encara con ellos Colonna, seguido de varios nobles.)*

COLONNA.

¡Alto, Orsini! ¡A mí los Colonnas!

ORSINI.

¡Miserable Colonna! ¡A mí los Orsini! *(A Colonna.)*
¡Bandolero!

COLONNA *(á Orsini).*

¡Ladron de mujeres! *(Orsini y Colonna se batén.)*
(Entra Adriano acompañado de los suyos.)

ADRIANO.

¡Qué fragor! ¡Asesinos viles! *(Dirigiéndose á los Orsini; despues se mezcla en la lucha.)* ¡Cielos! ¡Qué veo!
¡Irene mia! Libertémosla al instante. *(Se abre camino hasta Irene, y la liberta.)*

COLONNA (*á Adriano*).

¡La has salvado! Tuya será.

ADRIANO.

Ahora correrá la sangre.

ORSINI.

Eres fiero paladin; pero aún será mía Irene. (*Intenta desprender á Irene de los brazos de Adriano, mas éste la defiende.*)

COLONNA.

¡A la pelea, infame cohorte! (*Se renueva la lucha. Gran número de gente del pueblo se mezcla con los combatientes.*)

PUEBLO.

¡Paz, paz!

ORSINI, COLONNA Y NOBLES.

¡Muerte, muerte!

(*El pueblo, armado con palos, bastones y piedras, intenta separar á los nobles por la fuerza. En tanto entra Raimundo con un séquito numeroso.*)

RAIMUNDO.

Haya paz. Termine la lucha, que el Legado ya aquí está.

COLONNA.

¡Quién habla de paz! Abandona el campo y ve á otro lado.

RAIMUNDO.

¡Qué ofensa!

PUEBLO.

¡Qué ofensa!

ORSINI (*con acento irónico al Legado pontificio*).

Corre á visperas.

RAIMUNDO.

¡Desvergonzado! ¡Al Legado de la Iglesia!

COLONNA.

¡Fuera de aquí, sacerdote arrogante!

LOS NOBLES.

¡Pronto, acudid! ¡Levantad las espadas, y corramos á un nuevo asalto!

(Lucha general. Los nobles se precipitan contra Raimundo. Entran Rienzi, Baroncelli, etc., etc.)

RIENZI.

¡Haya paz! ¡Dónde está vuestra fe immaculada? (*Al pueblo.*) ¡Dónde vuestra jurada fe? (*A los nobles.*) ¡Qué ha sido de la proteccion que dispensábais al culto de la Iglesia?*(La mirada de Rienzi se dirige á la escala que aun se encuentra bajo la ventana. Irene se ha refugiado apresurada en el pecho de Rienzi. Este adivina todo lo que ha sucedido, y con vehemente acento se vuelve hácia los nobles.)*

RIENZI.

¡Bella hazaña en verdad, héroes valientes! Degollar sin motivo á míseros hermanos! ¡Escarnecer á nuestras hermanas! ¡Hay delito que no hayais cometido! La antigua Roma, del mundo señora, es hoy cueva de ladrones; lupanar es la Iglesia; y ya la Santa Silla de Pedro emigra á Avignon. La devota planta del peregrino, ¿no se vuelve ya hácia Roma, morada de verdu-

gos y de hidras nido! ¡Oh, fieros lobos de la heroica tierra; lo poco que queda al pobre infeliz se lo arrebatan vuestras garras criminales! ¡Dejad caer el látigo sobre el hombre, y sobre la mujer el oprobio! ¡Ea! ¡Erguid la frente! La sombras de vuestros antepasados os gritan desde el Templo: "¿Dó está la antigua y liberal ciudad que dominaba el mundo, y cuyos hijos llamabanse con orgullo reyes de los reyes?" ¡Oh, desgracia! ¡Ay de mí! No son ya romanos.

PUEBLO.

¡Viva Rienzi! ¡A Rienzi gloria!

NOBLES.

¡Oh, vanidad desmesurada!

ORSINI.

Voy á cortarte la lengua.

COLONNA.

(Refrenando la furia de los nobles; con ironía.) Dejadlo en su desvanecimiento.

ORSINI.

(A Rienzi.) ¡Vil plebeyo!

COLONNA.

(Idem, irónicamente.) Señor Notario, si no os desagrada el oro, quisiera pagaros el sermón.

COLONNA, ORSINI Y LOS NOBLES.

Seor letrado, tus ascendientes ó fueron Césares ó héroes. ¡Rendid homenaje á ese apuesto señor! ¡Al caballero aplaudid!

RIENZI.

(Dirigiéndose al pueblo enfurecido.) Amigos, detened. No ha llegado aún la hora de la lucha.

PUEBLO.

Se burlan de tí. ¡Lo oyes, Rienzi? A una señal tuya dejarán de existir.

RIENZI.

(*Conteniendo al pueblo.*) ¡Quietos! ¡Que nadie se mueva!

ORSINI.

(*A los suyos.*) Renovemos con ardor la pelea. Álcese el acero y la bandera.

COLONNA.

(*Idem.*) Cara á cara! ¡Un bando contra otro!

ORSINI.

¡Presto! ¡A las armas, ciudadanos!

COLONNA.

¡Qué entorpece nuestros brios? ¡A combatir, valientes latinos!

ORSINI.

¡Por Orsini!

COLONNA.

¡Por Colonna!

LOS SECUACES DE COLONNA.

¡Por Colonna!

LOS SECUACES DE ORSINI.

¡Por Orsini!

(*Orsini y Colonnas dejan tumultuosamente la escena, desenvainando las espadas.*)

RIENZI.

(*Después de haber permanecido sumergido en profunda meditacion.*) ¡Viva Roma! ¡Hé ahí! Ya corren hácia atrás. Cerraremos las sagradas puertas á esos rebeldes.

RAIMUNDO.

Rienzi; á tu merced se halla nuestra suerte.

BARONCELLI.

Rienzi, ¿cuándo sonará de la libertad la hora?

CECCO.

¿Cuándo, oh, Rienzi, el santo albor de la paz y del honor?

PUEBLO.

¡En nosotros y en la virtud fia, Rienzi; sé nuestro libertador!

RIENZI.

(*A Raimundo.*) Cardenal, ¿puedo esperar en la ayuda del altar?

RAIMUNDO.

Siempre que el fin sea justo y piadoso, serás un justo á los ojos de Dios.

RIENZI.

Está bien y sea así. Ya que de la ciudad salieron los tiranos, aprovechemos los instantes. Amigos míos, tornad tranquilos á vuestros hogares á rogar por la victoria. Pero al primer estrépito del bronce, nos haremos dueños de los infames. Roma se alzaré redimida al primer clamor de la tromba. Contra los déspotas inhumanos, mostremos que somos romanos. Y nuestro pátrio, antiguo suelo, se levantará libre.

RAIMUNDO.

¡Caigan sobre esa alta empresa, y sobre tu santo anhelo, las bendiciones del cielo!

PUEBLO.

Nosotros juramos por nuestros antepasados, fidelidad y fortaleza. Queremos que el pátrio suelo sea redimido al despuntar el nuevo sol.

(El pueblo se dispersa en distintas direcciones. Quedan en escena Rienzi, Adriano é Irene.)

TERCETO.

Rienzi, Adriano, Irene.

RIENZI.

(A Irene, con cariño.) Dí, hermana mia, ¿te infirieron algun ultraje esos malvados?

IRENE.

En salvo estoy. De sus manos me arrancó aquel caballero.

RIENZI.

(Observando á Adriano que, mudo y ensimismado, permanece aparte.) ¿Qué? ¿Adriano? ¿Es posible que un Colonna defienda la honra de una mujer?

ADRIANO.

Sí, Rienzi; con la sangre y con la vida. Dime; ¿no has vuelto á ver al hombre que vil llamaste?

RIENZI.

¡Anda! ¿Qué esperas? Tu gente salió ya para el combate.

ADRIANO.

Harto siento las palabras que contra mí lanzan tus labios; pero mi corazón no me permite odiarte. ¿A qué, pues, muestras ¡oh Rienzi! tanta ira contra mí?

RIENZI.

¡Oyeme! Quiero por mano propia extirpar tu raza malvada. Quiero convertir al plebeyo en soberano. Quiero salvar á mi patria.

ADRIANO.

¡Menguados acentos! Ya entre nosotros se abre un abismo de sangre. Si hoy desfallece la ley en Roma, yo salvaré sus derechos. Corre tú, en tanto, á cumplir tu maldecido voto; ven y desahoga tu furor en mi pecho, con mi sangre y sobre mi corazón.

RIENZI.

¡Hablas de sangre! ¡La sangre me recuerdas! Yo la ví correr, y aun vive sin venganza. ¿Quién fué el que mató á mi hermano, mientras yo recogía sobre las tenebrosas orillas del Tíber agrestes flores para la triste Irene? ¿Quién fué aquel que en un furioso asalto lo mató? Y en vano por tal muerte ¡venganza! clamé un día. ¿Quién fué?

ADRIANO.

¡Desventurado de mí, que fué un Colonna!

RIENZI.

¡Un Colonna! Y el pobre jóven, contra señor tan fiero, ¿qué culpa cometió? ¡Sangre, Adriano, digiste? Pues bien; la mano hundí yo en la sangre de mi hermano, cuando á torrentes salía aun humeante y roja. Luego juré: ¡Desventurado el hombre que apagó aquella vida tan hermosa!

ADRIANO.

Cesa ¡oh Rienzi! por piedad. ¿Qué quieres que haga para borrar aquella sangre?

RIENZI.

Luchar por Roma y volver á ser romano.

ADRIANO.

¡Romano, sí! Contigo se une Adriano. *(Con gran vehemencia.)* La idea del suelo pátrio despiértase en mi corazón; yo soy hijo de Roma, de la espada y del honor. *(A Irene.)* Un día seré tu fiel guía entre las flores del altar; que el amor, la gloria, el cielo, cantan al par el himno que yo canto.

IRENE.

La idea del suelo pátrio se despierta en tu corazón; de Roma eres tú el hijo, y del acero y del honor. Un día serás mi fiel guía entre las flores del altar; que el amor, la gloria, el cielo, cantan al par el himno que tú cantas.

RIENZI.

La idea del suelo pátrio despiértase en su corazón; de Roma Adriano es hijo, de la espada y del honor. Condenada á amarga muerte sea la cruel tiranía. Resplandezca una vez más en el cielo la limpia historia nuestra.

Del cumplimiento de la gran obra á mí encomendada ya la hora sonó. A tí, Adriano, confío la hermana mía; la salvaste una vez de la deshonra: ¡sálvala otra vez! Esto te muestre que en tí contemplo al hombre valiente, justo y fuerte. ¡Nos volveremos á ver! La grande obra está próxima. *(Sale por el fondo.)*

DUETTO.

Adriano, Irene.

ADRIANO.

Ante la faz de Dios, solos estamos. ¿Confías en mi honor?

IRENE.

Una mujer, casta y humilde, su vida y corazon á tí te entrega.

ADRIANO.

¿Pero ignoras que soy un Colonna? ¿Crees aun en la fe mia? ¿No huyes de mí horrorizada?

IRENE.

¿A qué recordarme tal desdicha? Tú defendiste mi vida, y el rencor de los malvados te persigue ¡oh pio guerrero! que mis dias has salvado.

ADRIANO.

Perturbada siento el alma. Ya Rienzi, con fúria horrenda, cae sobre nosotros, sobre Roma. ¡Oh espectáculo de horror! Ya lo veo abandonado por la plebe y á manos de ésta sucumbiendo. ¿Qué será de tí, oh Irene? Triste existencia te aguarda. Yo te juro eterna fe, y á tí consagro mi vida.

IRENE.

¡Del dolor eres profeta!

ADRIANO.

En el corazon siento inexplicable terror; pero sea para unirnos ante el altar, sea para morir, dividiré mi suerte con la tuya.

ADRIANO E IRENE.

Un mundo de dolores podrás tú mitigar, con los fulgores vívidos que en ti veo brillar. De tu semblante el rayo, ardiente de beldad, será el paraíso mio, la pátria mia será.

(Ambos permanecen absortos y estrechamente abrazados. En lontananza se oye el prolongado sonido de una trompeta, que se acerca paulatinamente, despues de algun momento de silencio. Irene se aparta de los brazos de Adriano.)

IRENE.

¡Tristes sonidos!

ADRIANO.

¡Tremendos ya retumban! No es de los Colonnas la señal.

(Se retiran aparte.)

FINAL PRIMERO.

(Un trompetero entra en escena, y deja oír una larga llamada. Por todos lados acude el pueblo alegremente.)

CORO DEL PUEBLO.

¡Salve, salve, oh santo albor, de la pátria redentor!

(Despunta la aurora. San Juan de Letran resplandece iluminado por los tibios rayos de la mañana. Se oye el órgano. El pueblo, conmovido, se prosterna; toda la plaza aparece llena de gente arrodillada. Desde lo interior de San Juan de Letran, cuyas puertas se hallan aun cerradas, elevase el siguiente cántico.)

CÁNTICO EN SAN JUAN DE LETRAN.

¡Despierten los dormidos! Oigan todos proclamar el gran anuncio. Roma vuelve en sí, y con vivos rayos su astro torna á brillar. ¡Mirad! Del alba la sonrisa ven-

ce las sombras, el sueño y el dolor. ¡Mirad! Del amor el reinado despunta ya sobre nuestra pátria.

(Las puertas de San Juan de Letran se abren con violencia. La iglesia aparece llena de sacerdotes y monges de todas las órdenes. Rienzi comparece armado completamente y con la cabeza descubierta. A su lado se hallan Raimundo y los principales del pueblo. Este se levanta y saluda á Rienzi con inmenso entusiasmo.)

ACTO V.
PUEBLO.

¡Gloria á Rienzi, á Rienzi honor! ¡Viva nuestro salvador!

RIENZI Y PUEBLO.

¡Alzate, oh Roma, grande y piadosa; sea libre el suelo tuyo!

RIENZI.

Que la libertad sea nuestra ley, y sagrados sean sus derechos. Sea el deshonor condenado y la rapiña y el terror. Que el santo redil permanezca cerrado para el soberbio, el ladron y el vil. Bendito en Roma sea aquel que entre con piadosa frente. El rebelde y el cruel por el cielo sean malditos. Al santuario divino torne el pobre peregrino. Esta ley y esta fe jurádmela todos á mí.

PUEBLO.

Guerrero de la virtud, escúchanos, que juramos por el honor de los plebeyos perseguir á los rebeldes, á los malvados, hasta exhalar el último suspiro. Condención, juramos, al que á Roma ofenda impío. Grande, como en los tiempos de nuestros héroes, bendita sea la libertad.

ACTO SEGUNDO.

Gran salon en el Capitolio. En el fondo un gran pórtico abierto, en el que da principio una ancha escalera. A través del pórtico se ven destacarse en el horizonte los puntos más elevados de la ciudad.

INTRODUCCION.

(*Oyese por dentro el canto de los Mensajeros de paz, que entran en escena á la conclusion de dicho canto; estos Mensajeros de paz son jóvenes nobles romanos, vestidos á la antigua, con vestiduras adornadas de oro; llevan la cabeza ceñida con guirnaldas y un báculo de plata en la mano.*)

(*Entra Rienzi vestido de tribuno, con pomposas y fantásticas vestiduras. Siguenlo los senadores, entre los cuales se hallan Baroncelli y Cecco.*)

RIENZI.

(*Al mensajero de paz.*) ¡Oh de la paz mensajero, mensajero de redencion, ve á cantar la bendicion por moradas y senderos.

UN MENSAJERO DE PAZ.

Yo me dediqué á recorrer montes y mares; collados y caminos atravesé con ligera planta. Por do quier se oía el son de mi plácida canción. Vi correr alegre el pastor entre la selva y las flores, y caer bajo el martillo la airosa cima del castillo.

(Rienzi, conmovido por la alegría, cae de rodillas.)

RIENZI.

Por tu brazo, que no por el mio, ocurrió ¡oh Dios! tal prodigio.

LOS SENADORES.

Nosotros te damos las gracias á tí, ¡oh el más grande de los héroes!

RIENZI.

Vosotros, embajadores de la alegría, repetid en mil coros la canción de la paz.

LOS MENSAJEROS DE LA PAZ.

Cantemos dulces cantos de paz y libertad. Desde sus cimientos santos, cunda la alegría en la ciudad. Las más profundas sombras, alumbre sereno el sol, y sobre las olas plácidas deslicen su vuelo las naves. No más dolor, no más guerra, la paz está ya en la tierra. ¡Regocijáos, pues, montes y valles!

(Los Mensajeros de paz se alejan cantando, y salen por el pórtico. El canto se oye en lontananza. Rienzi permanece en actitud de orar. Los senadores lo contemplan llenos de emoción. Colonna, Orsini y los nobles entran y saludan á Rienzi con forzada humildad.)

COLONNA.

Rienzi, salud y paz.

RIENZI.

¡Paz! La gloria suya cumplió ya Roma, ya que sus poderosos enemigos yacen postrados en tierra jurando fidelidad.

COLONNA.

Rienzi, en tu esplendor, maravillado te contemplo.
¡Dios lo quiso así! Respeto tu poder.

RIENZI.

La ley tan solo es la que debes respetar, y no la fuerza mia. Volveremos á vernos en la fiesta que ha de verificarse en estos salones.

(Saluda á los nobles con amistosa familiaridad y se aleja con los senadores.)

TERCETO Y CORO.

ORSINI.

Colonna: ¿oiste sus palabras? ¿Deberemos sufrir tanta vergüenza?

COLONNA.

La ira me rebosa. ¡Deslenguado! ¡Y yo á mi mesa, por burlarme de él, lo tuve un día!

ORSINI.

¿Qué debemos hacer? Vencidos estamos, ¡oh condenacion! ¡Cual ha cambiado esta plebe que un día arrojamos de nuestras plantas! Mira, ella corre á las armas. ¡Alza tu frente! ¡Ya no más temamos al plebeyo!

COLONNA.

¿La plebe? ¡Oh, locura! Es Rienzi, es él quien á su

resplandor la atrae. Desaparezca Rienzi, y la plebe volverá á ser vil.

(Los nobles rodean á Colonna y á Orsini.)

ORSINI.

(Con misterio.) Sobre Rienzi, sobre él tan solo, debe caer el puñal.

COLONNA.

Es hijo de la plebe, y la plebe se inclina hoy ante él.

ORSINI.

Mas para intentar la fatal obra, somos pocos y no muy fuertes.

COLONNA.

¿Y qué importa eso? Alcese en estos salones un brazo dispuesto á herir! Aquí es la fiesta; ¡sea aquí la venganza!

ORSINI.

¡Dices bien! Confíad en mí antes que en otro. Aquí, en esta maldecida orgía, blandiré mi puñal.

COLONNA.

Yo, á mi vez, me pondré esta noche á la cabeza de cuatrocientos valientes armados, que el tribuno despreció. ¡Roma, amigos míos, es aun nuestra!

NOBLES.

(Agitándose en tumulto.) ¡Sea!

ADRIANO.

(Que habrá entrado sin ser visto y se habrá colocado en medio de la reunion.)

¡Mónstruos de maldad! ¡Oh, cielos! ¡Qué negra conspiracion tramais?

ORSINI.

(*Asustado.*) ¡Nos hacen traicion! ¡Oh, furia!

COLONNA.

(*Observando á Adriano, con fiero continente.*)

¿Tú aquí, Adriano? ¡Un traidor, ó el hijo mio eres!

ADRIANO.

Hijo soy de un caballero que honraba la virtud y que, enemigo de los reyes, fué un dia rival de Orsini.

ORSINI.

¡Oh, jóven rebelde y felon!

COLONNA.

(*Con ironía.*) ¡Quién te enseñó tal sermon? ¡Quién contra mí te lanzó rebelde? ¡Quién te indujo á perdition?

ADRIANO.

Calma tu furor, ¡oh, padre!

COLONNA.

¡Silencio! A tan malvada obra, Rienzi fué quien te instigó. La última hora para él ha sonado.

ADRIANO.

¡Cielos! ¡Qué oigo? ¡Oh, terror! ¡Tramais una horrible idea! Nueva infamia y nuevo horror cubrirán de deshonra vuestra fama que ódia el mundo.

ORSINI.

¡Renegado! ¡Y tú, oh, anciano, no castigas á ese cobarde!

COLONNA.

(Volviéndose duramente á Adriano.)

Escucha. Aquí, en esta fiesta impía caerá muerto el tirano. ¡Haznos ahora traicion! Corre, ve á llevar á Rienzi mi cabeza!

ADRIANO.

¡Horror! ¡Dios mio, piedad! Oye el grito y el suspiro de tu sangre y de mi honor. ¡Conmuévate mi martirio, el llanto mio, mi terror!

COLONNA, ORSINI Y LOS NOBLES.

Cúmplase ya su destino; nuestro oprobio es fuerza que vengueemos. Aquí, en este festin infame, debe exhalar Rienzi el último suspiro.

(Colonna aparta con violencia á Adriano, y aléjase despues con Orsini y los nobles.)

ADRIANO.

(Despues de un momento de silencio.)

Soy traidor, pero soy asimismo el hermano de Irene. ¡Que Rienzi viva! *(Sale.)*

AL SEGUNDO.

Coro y escena de los Embajadores.

(Entran por el pórtico comitivas fastuosas de la burguesía romana y de los nobles.)

CORO.

¡Oh, cánticos de fiesta! ¡Himnos de libertad! Atornad con vuestro acento la gloriosa ciudad!

(Rienzi entra con Irene y los senadores. Los lictores le siguen. Aclamaciones generales.)

RIENZI.

¡La paz contigo sea, oh pueblo latino! Sobre tu frente se abre el cielo; resplandezca el sol sobre tu destino hasta los días más remotos!

CORO.

¡Dénos la paz el destino hasta los más remotos días!

BARONCELLI.

(Con el baston de Pretor.) Hacia aquí se dirigen los embajadores, ofreciéndote honores altísimos.

(Baroncelli introduce á los embajadores lombardos, napolitanos, bohemios, bávaros y húngaros, con fastuoso séquito de heraldos.)

RIENZI.

(A los embajadores, con creciente entusiasmo.)

Roma os ofrece el tributo de su amor. Confunda el cielo la envidia y redimida sea en un día esta hermosa Italia mía. ¡Fecunda, oh, Dios! Haz que sea eterna esta piadosa paz fraternal!

CORO GENERAL.

(Con entusiasmo.) ¡Fecunda, oh, Dios! Haz que sea eterna esta piadosa paz fraternal.

RIENZI.

(Al Herald.) Comience ya la fiesta.

(El Herald se adelanta y hace señas para que se prepare la acción mímica.)

ADRIANO.

(Acercándose á Rienzi.) Tu cabeza está en peligro. ¡Ten cuidado!

RIENZI.

¿Qué dices?

ADRIANO.

No te descuides ni un instante.

RIENZI.

¿Me amenaza una traición?

ADRIANO.

Es un presagio.

RIENZI.

¡No haya temor! Aún no debe Rienzi caer.

(Rienzi habla en secreto á Baroncelli, que desaparece.)

BAILE Y PANTOMIMA.

INTRODUCCION.

Entrada de los guerreros, vestidos de antiguos y modernos romanos.

GRAN DANZA PÍRRICA.

*Lucha de los gladiadores. Los guerreros forman con sus escudos un plano, sobre el cual y al rededor, se verifica la lucha de los gladiadores y los modernos romanos.**Aparece la Paz seguida de algunas vírgenes. La Paz reconcilia á los antiguos con los modernos romanos. A una órden de la diosa, las vírgenes, vestidas á la antigua, cruzan sus adornos con las vírgenes de la edad media. En el baile que sigue se cruzan y alternan parejas de hombres y mujeres antiguos y modernos.*

DANZA DE APOTEÓISIS.

Las banderas de la nueva Roma, azules y blancas con

estrellas de plata, flamean en manos de la Paz: todos aclaman á la Diosa con gran entusiasmo.

Orsini, que durante el final de la pantomima se habrá ido acercando sigilosamente á Rienzi, asesta una puñalada al pecho del Tribuno. Adriano, que habrá observado atentamente los movimientos de Orsini, se adelanta, pero demasiado tarde, para impedir el golpe. Los guardias de Rienzi llenan parte de la escena y rodean á los nobles.

CORO DE PUEBLO.

¡Rienzi, Rienzi! ¡Al asesino!

RIENZI.

(Que no ha caído al golpe de Orsini, se vuelve hácia los nobles.)

¡Os asombráis! Hé aquí la obra divina que voy á revelar á los infames.

(Descubre sus vestiduras, y muestra un coselete de hierro que le cubre el pecho.)

Contra el brazo de Cain, esto me salva. Ese puñal herir no puede mi corazón, pero es fatal para Roma. Entre la alegría que cunde por estos salones donde á Roma se ensalza, una mano se alzó en contra mia, vibrando golpe mortal. Cese la risa, cese la alegría. ¡A mí tu espada, oh, justicia!

(El pueblo se aleja en silencio. Los nobles, custodiados por los guardias: Baroncelli, Cecco y los Víctores permanecen en el fondo de la escena.)

ESCENA DEL JUICIO.

RIENZI.

Señores, el audaz delito se cometió ante vosotros.

BARONCELLI.

Hay más. Colonna y los suyos querían asaltar las

murallas y amenazar con audaz conflicto el Sacro Capitolio.

RIENZI.

(*A los nobles.*) ¡Hay quien lo niegue?

COLONNA.

Ninguno. Mátanos uno á uno, que tu hora está próxima á sonar.

RIENZI.

¡Vil profeta de desgracias!

CECCO.

Y la ley lo dice: ¡Muerte!

RIENZI.

Conducidlos al suplicio.

(*Los nobles son conducidos al fondo del salon por los senadores, guardias y lictores; una cortina roja cae sobre ellos y los oculta á las miradas de Rienzi.*)

RIENZI.

¡Oh, hermano mio, tu infausta suerte mueve á Roma á la venganza!

(*Adriano é Irene se precipitan ansiosos á la escena.*)

ADRIANO.

¡Gracias al cielo. Aquí está, y solo! (*A Rienzi.*) ¡Devuélveme mi padre!

IRENE.

¡Devuelve el padre al hijo suyo!

RIENZI.

Escrito está su destino. ¡Morirá!

ADRIANO.

¡Oh, jamás! El dolor me mata. Fui traidor del padre mio; no me conviertas en su asesino.

RIENZI.

¡Morirá! Su destino lo quiere. Vanos son los llantos y las súplicas.

ADRIANO.

¡Pretendes, insensato, ahogar el grito de la naturaleza? ¡Caiga sobre tí mi maldición!

RIENZI.

¡Y tanta piedad tu pecho siente por la horrible conjuración? Sí, Colonna morirá.

ADRIANO.

¡Impío! ¡El odio te devora! A mi padre vengar quiero con tu sangre, lo juro ante Dios.

RIENZI.

¡Muera Colonna el asesino!

(Desde el fondo se oye el fúnebre canto de los monges.)

CANTO DE LOS MONGES.

*Misereat Dominum
Vestrorum peccatorum.*

ADRIANO.

¡Cielos! ¡Qué tremendo canto! ¡Llena mi pecho de terror!

IRENE.

Piensa en Dios; perdón concede; salva á ese anciano padre.

(Desde el fondo se oyen las exclamaciones del pueblo.)

PUEBLO.

¡Muerte, muerte al traidor!

RIENZI.

Sí; esa exclamación está escrita en el cielo. La piedad sería un delito.

ADRIANO E IRENE.

(Arrojándose á los piés de Rienzi.) Postrados en el suelo te rogamos. ¡Oh, conmuévate nuestro duelo!

RIENZI.

Pueblo; escucha mis palabras.

(A una señal de Rienzi, álzase la cortina roja y aparecen los nobles orando entre las angustias de la muerte; cada uno de ellos está auxiliado por un fraile. Los nobles se colocan en un lado, al fondo; todo el resto de la escena se halla ocupado por el pueblo, que penetra á viva fuerza en el salón, salvando el pórtico custodiado por los guardias.)

PUEBLO.

¡Muerte á los viles! ¡Muerte á los culpables!

RIENZI.

Pueblo; una horrenda trama se preparó contra mi vida.

PUEBLO.

¡Muerte, muerte!

RIENZI.

¡Ciudadanos, revocad vuestra sentencia!

¡Deliras?

CECCO.

PUEBLO.

¡Muerte! ¡muerte! ¡El suplicio!

RIENZI.

Pues bien; si debo suplicar por los asesinos, suplicando alzo mis manos. ¡Yo os pido gracia para ellos.

BARONCELLI.

¿Qué es esto? ¿Se ha vuelto loco?

RIENZI.

Romanos; yo sacudí vuestro yugo, y solo en cambio os hago un ruego. Gracia para ellos implora el Tribuno.

PUEBLO.

Rienzi, salvador nuestro; queremos ver muertos á esos traidores.

RIENZI.

Sobre la cruz del altar, juren fe y por su honor no volverán á hacer traicion. (*A los nobles.*) ¿Quereis jurar?

NOBLES.

Sí, juramos. (*Con vil intencion.*)

CECCO.

¡Oh, estupor!

FINAL SEGUNDO.—ADAGIO.

RIENZI.

Que un espíritu ardiente y piadoso penetre en sus co-

razones. Que este juramento, á Dios ofrecido, les sirva de freno y castigo. Pero si, inducidos por audaz demencia, vuelven á violar su fidelidad, ¡no esperen ya más clemencia, no esperen ya más piedad!

ADRIANO E IRENE.

Como resplandeciente aparece el sol entre las pardas nubes, así la alegría reemplaza en mi alma al duelo que la oprimía.

COLONNA, ORSINI Y NOBLES.

Su vil perdon, su gracia impía, nos llenó de mortal vergüenza; mas si la vida nos devuelve, tal clemencia le será fatal.

BARONCELLI Y CORO.

Tan insana como piadosa, es de Rienzi la piedad. Esa multitud audaz y malvada, trama ya algun nuevo crimen.

PUEBLO.

Los reos están en tus manos. Decide tú de su destino. Tú eres árbitro soberano; tú eres el juez divino.

RIENZI.

¡Oh, patricios, el pueblo mio os perdona, y Rienzi, y Dios!

FINAL SEGUNDO.—STRETTA.

ADRIANO E IRENE.

Sublime galardón, será para tí, ¡oh Rienzi! la alegría del perdon que premia la piedad. Y en siglos inmortales, como triunfales himnos, el eco de tu gloria potente sonará.

LOS NOBLES.

De oprobio y de vergüenza la frente se cubrió. De la venganza el día torne de nuevo á lucir.

BARONCELLI Y CECCO.

De nueva sangre y duelo, Roma cubrirse debe mientras respire uno tan solo de los que la hicieron traicion.

PUEBLO.

Sublime galardón será para tí, ¡oh Rienzi! la alegría del perdón que premia la piedad. Y en siglos inmortales, como triunfales himnos, el eco de tu gloria potente sonará.

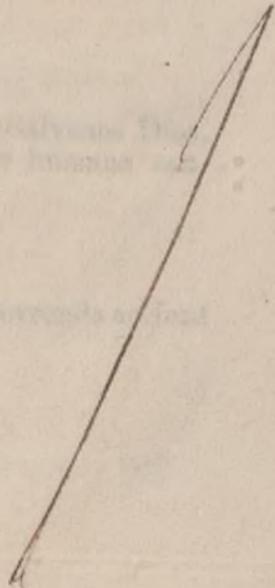
Una gran plaza de Roma, en el centro de la ciudad, se alzaba un templo que era el templo de la piedad. En su interior se celebraban las fiestas de la piedad.

INTRODUCCION

Contemplad, señores, la gran ciudad de Roma que al presente habita en la gran ciudad de Roma.

Y ahora, señores, contemplad la gran ciudad de Roma que al presente habita en la gran ciudad de Roma.

Y ahora, señores, contemplad la gran ciudad de Roma que al presente habita en la gran ciudad de Roma.



ACTO TERCERO.

Una gran plaza de Roma. En diferentes partes se ven en el suelo columnas desgajadas y chapiteles rotos. Antes de levantarse el telon se oyen campanadas de alarma. Masas de pueblo entran tumultuosamente en escena.

INTRODUCCION.

CORO.

Ciudadanos, ¿oísteis la fatal nueva? ¡Sálvenos Dios, que el patricio inhumano quiere verter humana sangre! ¡Rienzi, Rienzi! ¡Dónde estás?

BARONCELLI.

(*Entrando.*) ¡Oh, hermanos míos! ¡Horrenda accion! Desapareció para siempre la alegría.

CORO.

¿Dónde está Rienzi?

BARONCELLI.

El desdichado perdonó la vida á los culpables que debian matarle. ¡Oh, la piedad de Rienzi mucha sangre ha de costar!

CORO.

¡Rienzi, Rienzi! ¿Dónde se encuentra?

CECCO.

(*Entrando.*) En breve estará aquí. Ya los patricios blanden sus aceros y asaltan la ciudad. ¡La piedad del gran tribuno, mucha sangre ha de costar!

CORO.

¡Acude, Rienzi! ¡Rienzi, acude!

RIENZI.

(*Entrando.*) Al llamamiento del honor acudo presuroso, encendido en ira y furor como vosotros. ¡Guay de los reos á quienes gracia concedimos y que hoy de nuevo violan su fe! ¡Por tres veces, maldecidos sean!

CORO.

¡Cometiste una vileza por salvarles la vida! ¿Qué deseas?

RIENZI.

¡La libertad! Yo destruí el altanero yugo que os oprimia.

BARONCELLI.

Eso estaba en tu poder; de tí solo dependia nuestra suerte.

CORO.

Hoy caeremos sobre esos malvados. ¡Muerte, muer-

te! Destruyamos esa innoble cohorte. Habla, ¡oh, Rienzi! y te seguiremos.

RIENZI.

(*Con entusiasta inspiracion.*) ¡Sus, romanos! Alcémos los puños; respiremos un soplo batallador. Que del leon la garra se afile. Dios guiará á sus guerreros. ¡Sus, levantemos las banderas, por la guerra y el honor! ¡A la pelea! Nuestro ejército es ejército del Señor. (*Todos salen precipitadamente al grito de ¡A las armas! Oyese el redoble del tambor.*)

ARIA.

(1) ADRIANO.

(*Entrando.*) ¡Oh, justo Dios! ¡Cuál tremenda certeza! ¡La plebe corre á la guerra, al esterminio corre! ¡Desventurado de mí! ¡Oh, recóbreme la tierra, que no hay dolor al mio semejante! ¡Quién me condenó á tan feroz destino? Rienzi, ¡oh despiadado! ¡tú arrojaste sobre mi cabeza desdicha atroz! (*Se deja caer abatido sobre una columna.*) La ira y el amor corren por mis venas; vacilante gime mi corazon entre tí, ¡oh, de Iréne hermano! y mi anciano padre. Mi esperanza y mi fe en flor se marchitaron. No, ya no habrá para mí ni vida ni alegría. Los dolores oscurecieron desde la juventud el sendero de mi existencia, y sobre sus funebres albores no brillará jamás el plácido sol.

(*Se oyen toques de campana.*)

¡Dónde estoy? ¡Qué debo hacer? Un toque de campana. ¡Es ya tarde! ¡Oh Dios! Sí. Aun me resta una esperanza. Aplacar la ira paterna con acentos de piedad; las angustias del pobre hijo, quizá el padre escuchará, y por mí, paz duradera, hoy en Roma se alzará! ¡Dios del triste, Dios del fiel, mi ruego acoge piadoso; presta ayuda desde el cielo á esta obra santa. (*Sale corriendo.*)

FINAL TERCERO.—MARCHA.

(Las señales de alarma se oyen cada vez más cercanas. Todos los ciudadanos de Roma están sobre las armas. Mujeres, niños, viejos, sacerdotes y monjes acompañan al pueblo armado. Rienzi, armado de pies á cabeza, baja de su caballo. Irene lo acompaña. Los senadores, á pié, Cecco y Baroncelli, armados, cierran la comitiva.)

RIENZI.

¡Llegó el día; sonó la hora! Vengüemos el deshonor. Dispensa ¡oh Dios vengador! la vil cohorte que triunfó. Todo asesino deberá caer. Alcemos al cielo el himno guerrero.

¡Santo Spirito cavaliere! (1)

HIMNO DE GUERRA.

¡Hermanos! ¡Sús! ¡De Roma á la defensa! La muerte y maldicion para el traidor. Execrado sea en tierra quien ofenda la fe de nuestra pátria y el honor. De trombas y tambores se alee un trueno. Retumbe Roma, el mundo, el cielo, el mar. ¡Al viento las banderas! Con tal himno, soldados y legiones, corramos á triunfar!

¡Santo Spirito cavaliere!

(Mientras Rienzi da la señal de la marcha, Adriano entra anhelante en escena y le cierra el paso.)

ADRIANO.

¡Detente, Rienzi! Terminé tu furor; escucha una vez más el ruego mío.

RIENZI.

¿Qué quieres decir, desdichado?

(1) Este verso aparece así escrito en el texto original de Wagner.

ADRIANO.
Que Dios ponga fin á tu ira cruel; aun es tiempo.
Inspírete el cielo.

RIENZI.
Antes que yo ceda á tus ruegos, ha de caer Roma entera.

ADRIANO.
Pisotéame primero. ¡Venganza anhelas? ¡Mátame!
RIENZI.

Loco estás; no te interpongas en las vías del destino.
ADRIANO.

¡Oh destino, confío en tí!
(A una señal de Rienzi, todo el pueblo armado se pone en marcha, y abandona la escena cantando el segundo ritornello del

HIMNO DE GUERRA.
¡Hermanos! ¡Sús! Despiértese la lucha por la paz de los padres y los hijos. Arcángeles celestes desciendan hasta nosotros, y sálvennos en la hora del peligro. De trombas y tambores se alce un trueno. Retumbe Roma, el mundo, el cielo, el mar. ¡Al viento las banderas! Con tal himno, soldados y legiones corramos á triunfar.
¡Santo Spirito cavaliere!

(Los sacerdotes y frailes acompañan á los combatientes. Irene, Adriano y las mujeres quedan en escena.)

ADRIANO.
(Después de largo rato de dolorosa vacilación, abraza apasionadamente á Irene.)

Debo ¡ay de mí! huir de tu presencia, que así lo quiere mi funesta suerte.

IRENE.

No ¡por el cielo! que te espera la muerte, y si me dejas moriré también yo.

ADRIANO.

Calla, ¡oh dolor! Si muero, habré cumplido mi destino. Enardecido por la voz de mi honra, siento ya desden hostil. Cese tu llanto de amor, que si permanezco á tu lado soy un miserable.

IRENE.

¡Oh, despiadado! A tí he entregado mi corazón y mi vida. Atiende de Irene las querellas. ¡No partas, por Dios, queda á mi lado!

(Oyese á distancia el fragor de la batalla, como traído por el viento.)

ADRIANO.

¡Cielos! ¡Qué voces de lamento! Tu hermano hizo morir á mis amigos.

(Las mujeres caen de rodillas.)

CORO DE MUJERES.

¡Santa Virgen del Rosario! Te imploramos de rodillas. Tú, que lloraste en el Calvario, escucha nuestra oracion. Del peligro de muerte salva á nuestros hijos, ¡oh María!

(Adriano, que hasta este instante ha intentado separarse de Irene, intenta huir con desesperado esfuerzo.)

IRENE.

¡Detente, en nombre de nuestro amor! No te separes de mí. ¡Piedad, piedad!

ADRIANO.

El lúgubre estruendo crece. Allí me espera mi padre.

IRENE.

El remordimiento es lo que te espera; si me dejas, moriré.

ADRIANO.

¡Fatal situación, hora tremenda! La muerte, ¡oh Dios! te pido.

CORO.

Dios verdadero, Dios omnipotente, protégenos tú desde el cielo. En tí creemos, en tí confiamos. Desvía el golpe de los rebeldes.

(El fragor de la batalla se ha calmado; oyesse cada vez más cercano el himno de guerra.)

CANTO DE GUERRA.

¡Hermanos, sús! ¡Despiértese la lucha! Peleemos por el honor de nuestros antepasados, de nuestros hijos. Desciendan hasta nosotros arcángeles celestes que nos amparen en la hora del peligro. ¡De trombas y tamborres se alce un trueno; retumbe Roma, el mundo, el cielo, el mar! ¡Al viento las banderas! ¡Con tal himno, soldados y legiones, corramos á triunfar!

IRENE.

Oye el himno del Señor.

MUJERES.

Este es el canto del triunfador.

ADRIANO.

¡Oh, gran Dios, vela por mí!

IRENE.

¡Hermano mío, gloria á tí!

(La comitiva guerrera, de vuelta de la batalla, y acompañada de sacerdotes y frailes, se forma en escena durante el siguiente coro. Los hombres salen de las filas y abrazan á sus mujeres, hermanas é hijas.)

CORO DE MUJERES, SACERDOTES Y FRAILES.

¡Héroes de Roma, cubiertos de gloria, honor á vosotros por tal victoria! Véanse vuestras armas y vuestras frentes, cubiertas con el laurel de los vencedores.

RIENZI.

Cayeron los opresores. Ya torna Roma á su esplendor. ¡Al fin, Roma, estás salvada! ¡Ya no existen los Colonnas!

TODOS.

¡Ya no existen los Colonnas!

(Aparecen en escena, trasportados por soldados, los restos mortales de Colonna. Adriano exhala un grito de dolor.)

BARONCELLI.

Fué tremenda la derrota, grande el estrago y la destrucción. Tejed, ¡oh mujeres! un negro velo. El padre y el hermano no existen ya.

ADRIANO.

(Con mortal palidez, mirando al cadáver de su padre.)

¡Guay del que derramó esta sangre! Fiero tribuno, es esta la obra tuya. Tiembla, ¡oh cruel! Fuiste fuerte en el odio y tenaz en la ira. Enemigo de la paz, hay sangre entre nosotros. ¡Tribuno, sea! Saciaste tus odios; yo saciaré ahora los míos. ¡Tiembla, tribuno, por tí!

RIENZI.

Enfurecido, loco está; no le hagais caso, que, más que el mismo Tarquino, es enemigo nuestro. Muerte eterna para él; que no descanse un momento en tierra bendecida. Pero vosotros, regocijáos ya; tocad á rebato, á fiesta. Suenen las trompetas; nuestra victoria no es ménos santa que la de Bruto. Con el laurel de la gloria, triunfantes corramos al Capitolio.

(Adriano sale amenuzando fuertemente á Rienzi.)

CORO.

¡Honor y gloria, al grande, al fuerte! ¡Suyo es hoy el pueblo rey!

(Durante este coro, entran algunos Mensajeros de paz, escoltando un antiguo carro triunfal, que llevan á Rienzi. Rienzi toma asiento en el carro. Los Mensajeros de paz le despojan del casco, y coronan á Rienzi de laurel. Irene, que á la salida de Adriano cae en brazos de las mujeres, se acerca acompañada de éstas. Rienzi la coloca á su lado en el carro. Ante Rienzi desfilan trofeos guerreros, ataviados triunfalmente.)

ACTO CUARTO.

Plaza de San Juan de Letran. En el fondo el pórtico de la iglesia. Es de noche.

CORO Y TERCETO.

(Baroncelli se encuentra con algunos burgueses embobados en sus capas.)

BARONCELLI.

¿Quién es aquel hombre que por aquí pasó?

CORO.

Ninguno de entre nosotros lo conoció.

BARONCELLI.

El embajador aleman partirá de Roma.

CORO.

Tal es el deseo del nuevo emperador.

CECCO.

(Entrando con algunos burgueses.) ¡Cómo! ¡Permaneceis todavía aquí?

BARONCELLI.

¡Conoces ya las nuevas desdichas de la patria?

CECCO.

Nos dejan los embajadores. Nueva torpeza del tribuno, que quería imponer un rey á los aliados alemanes.

BARONCELLI.

Nuestro es el daño. Rienzi urdió una trama con la iglesia.

CORO.

¡Qué defensa ya nos resta?

BARONCELLI.

Ninguna. Y lo que más me duele es la marcha del legado.

CORO.

¡Cómo, cielos! ¡Partió el legado?

BARONCELLI.

Sí. Colonna había jurado decidida protección al altar pontifical, si la suerte le era favorable.

CECCO.

Pero halló muerte en la batalla.

BARONCELLI.

Sin embargo, más horrible fué la carnicería de nuestros hermanos.

CORO.

¡Qué degüello, oh, terror!

BARONCELLI.

Vosotros creísteis ciegos en la ingénua y fiel virtud del tribuno. Pero el tribuno nos vendia.

CORO.

¡Nos vendia? ¡Qué dices?

BARONCELLI.

Sí; él adula astutamente á los patricios; la hermana de Rienzi ama á Adriano, y Rienzi, por favorecer la trama obscena, estiende su pérfida mano á Colonna.

CORO.

¡Y el pueblo corre á su muerte! ¡Ay de él si dices la verdad! Danos de ello un testimonio.

(Entra Adriano cubierto con una ancha capa.)

ADRIANO.

Yo me ofrezco á vosotros como testimonio.

CECCO.

¡Quién eres?

ADRIANO.

(Desembozándose) Soy Colonna. ¡Oh del padre, nombre agosto! ¡Tú eres mi maldición! ¡Espectro airado, no me niegues tu perdon, que mi acero está desenvai-

nado hasta que vengado seas! Señores, sí, soy Adriano. El tribuno, que su poder ha violado, ha de caer. ¡Alerta; armemos nuestra diestra, que sobre nosotros está ya el emperador!

BARONCELLI, CECCO Y CORO.

¡Miserable traidor! Salió de la plebe, y ahora la arroja al deshonor. ¡Muera Rienzi!

ADRIANO.

¡Muera, sí! Mi acero lo matará.

CORO.

¡Sí; que pague su infamia!

(Despunta el alba.)

CECCO.

¡Y ahora que el cielo se despeja, evoquemos nuestro antiguo valor!

BARONCELLI.

Con fiestas piensa el fiero tribuno adormecer al pueblo. Un cortejo pontifical ensalza hoy á ese hombre villano.

ADRIANO.

¡Ese himno es un anatema!

TODOS.

¡Esta es, Rienzi, la hora extrema!

(Todos se vuelven hácia la puerta de la iglesia, en el momento en que se dirige á ella una silenciosa procesion de sacerdotes y frailes. Raimundo los precede.)

BARONCELLI.

Mirad.

CORO.

Sí; es el cardenal.

CECCO.

¿Quién? ¿El legado? ¿Impiedad!

BARONCELLI.

Va á entonar los salmos.

CORO.

El Papa está por Rienzi.

CECCO.

Perdidos somos; la Iglesia es omnipotente.

ADRIANO.

¡Oh, gran Dios! ¿Volveis á perder la esperanza? Sobre el mismo altar morirá por mi mano.

(Adriano se coloca en acecho detrás de la puerta de la iglesia.)

CECCO.

El cortejo se aproxima. Apostémonos aquí tranquilamente.

FINAL CUARTO.

(Todos los conjurados se colocan á la entrada de la iglesia, llenando todo el átrio. Un fastuoso cortejo entra en escena, y se dirige hácia San Juan de Letran. Rienzi, ataviado con gran pompa, y llevando á Irene por la mano, se detiene á la vista de los conjurados, que se hallan en actitud de disputarle la entrada.)

RIENZI.

(Fijándose severamente en los conjurados.)

¡Apostados aquí! ¡Y para qué!

ADRIANO.

¡Cielos! Las dulces miradas de Irene desarman mi brazo.

RIENZI.

Vosotros visteis, en medio de los sacerdotes, agonizar á vuestros hermanos. Pero cayeron los que pretendian cubrirnos de infamia. Los que nos hicieron traicion, duermen ya en la fúnebre mortaja. Yo desafié por vosotros los horrores de la muerte, y ofrecí mi corazón. ¡Y ayer mismo me jurásteis sumision, amor y fe!

(Los conjurados permanecen retirados, y expresan, con humilde actitud, su confusion.)

RIENZI.

(Prorumpiendo con entusiasmo.)

¡Sí, triunfó! Coloqué sobre vuestras sienes la aureola de la fuerza y del honor. Uníos, pues, aquí todos con el vínculo del amor. Dios, en quien fio mi reposo, Dios estará siempre conmigo.

(Los conjurados agitan sus sombreros aclamando á Rienzi, y le dejan libre, con profundo respeto, la entrada de la iglesia.)

CORO.

¡Viva el gran tribuno!

ADRIANO.

¡Ah, esclavos viles! ¡Yo solo daré, ante Irene, el golpe!

(Adriano hace ademán de blandir el puñal. Rienzi está

á punto de ocupar la silla de Letran, cuando se oye, desde el interior, un fúnebre canto.)

CANTO DE LOS MONGES.

*Væ, væ, tibi maledicto
Jam te justus euse stricto
Unidex manet angelus.
Væ, spem nullan maledictus
Foveas, Gehennæ rictus
Jamjam hischit flannuens.*

RIENZI.

(Retrocediendo horrorizado.)

¡Horror, maldicion!

CORO.

Lo aterra el triste canto.

(Rienzi, tranquilizado, hace una señal para que el cortejo vuelva á ponerse en marcha, pero cuando llega al pórtico aparece Raimundo rodeado de sacerdotes y frailes.)

RAIMUNDO.

Huye del sagrado techo, sacrilego reyezuelo. ¡Quien te conserve fidelidad, condenado sea por el cielo!

PUEBLO.

¡Huyamos del condenado!

(El pueblo huye de Rienzi.)

(Las puertas de San Juan de Letran se cierran con violencia, y en el pórtico aparece la Bula de excomunion. Rienzi, aterrizado, huye absorto y turbado. Irene se coloca á su lado. El pueblo ha abandonado poco á poco la escena. El canto de maldicion cesa. Adriano se acerca á Irene y murmura á su oído.)

ADRIANO.

Ven, huyamos de aquí. Ven con el misero Adriano.

IRENE.

¡Cielos! ¡Qué hablas? ¡Estás aquí!

ADRIANO.

La tierra arde bajo mis plantas; el corazón me late con extremada violencia. ¡Huye, ven, soy tu amante!

IRENE.

Mi puesto está aquí, al lado de mi hermano.

ADRIANO.

Tu hermano está maldito por su pueblo y por su Dios. Abandónalo á su destino. ¡Huye el techo del impío!

IRENE.

¡Hermano mio, hermano mio!

(Corriendo á los brazos de Rienzi.)

¡Rienzi, Rienzi, ven aquí, sobre mi pecho!

ADRIANO.

¡Oh, yo muero de dolor! *(Sale.)*

RIENZI.

¡Aun me queda una patria!

(Venido por el abalimiento, siente á Irene que lo abraza, y la contempla conmovido. Ambos permanecen absortos en un largo abrazo, mientras resuena todavía el canto de maldición.)

CANTO DE LOS MONGES.

*Væ, væ tibi maledicto
Jam te justus euse stricto
Unidex manet angelus.
Væ, spem nullam maledictus
Foreat Gehennæ rictus
Jamjam hischit flannuens.*

(El telon cae lentamente.)

CONTENTS OF THE REGISTER.

The first part of the Register contains
 the names of the persons who have
 been appointed to the various
 offices of the Government, and
 the names of the persons who
 have been appointed to the
 various offices of the
 Government.

The second part of the Register
 contains the names of the
 persons who have been
 appointed to the various
 offices of the Government, and
 the names of the persons who
 have been appointed to the
 various offices of the
 Government.

The third part of the Register
 contains the names of the
 persons who have been
 appointed to the various
 offices of the Government, and
 the names of the persons who
 have been appointed to the
 various offices of the
 Government.

The fourth part of the Register
 contains the names of the
 persons who have been
 appointed to the various
 offices of the Government, and
 the names of the persons who
 have been appointed to the
 various offices of the
 Government.

The fifth part of the Register
 contains the names of the
 persons who have been
 appointed to the various
 offices of the Government, and
 the names of the persons who
 have been appointed to the
 various offices of the
 Government.

ACTO QUINTO.

Un pórtico en el Capitolio. Rienzi, sólo, orando.

PLEGARIA.

RIENZI.

¡Oh, Santo padre; fija en mí tu mirada! Contempla mi llanto, y préstame ayuda. Que tu divina mano, ¡oh, Señor! nos salve otra vez de la ruina. Tú avaloraste mi ánimo; conmigo peleaste, ¡oh, Dios poderoso! Abatiste el vuelo de los malvados y libráste el suelo de los pobres. Bajo la escoria humilde del infeliz, surgió una gloria digna del cielo. ¡Oh, Santo padre; fija en mí tu mirada! ¡Contempla mi llanto y préstame ayuda!

(Sale.)

DUETTO.

IRENE, ADRIANO.

(Irene entra por la derecha. Adriano, con la espada desnuda, se precipita en escena por la izquierda.)

ADRIANO.

¡Aquí tú, Irene! ¡En este suelo maldito del Señor!

IRENE.

¡Desdichado! ¡Quieres herir mi alma con una nueva pena! ¡Vete!

ADRIANO.

Tu dolor te enloquece. Tienes los piés sobre un abismo, y yo vengo á salvarte. Huyamos.

IRENE.

No, quiero vivir virtuosa con el gran héroe romano. En cuanto á tí, huye; aléjate de aquí, Adriano; no te amo ya.

ADRIANO.

(Dejando caer la espada.)

¡Ah, Irene! No es amor lo que abrasa mi pecho; es delirio, es pasión. Mirame de hinojos ante tí. Eterna fe, lo sabes, Irene, me juraste y te juré. Tu hermano está maldito por su pueblo y por su Dios. Con mi mano tejí la trama, con mi mano templé el acero contra los días del rebelde. Ahora bien; si el juramento es sagrado y fuerte, tú verás, al ver mi muerte, tú verás si te soy fiel.

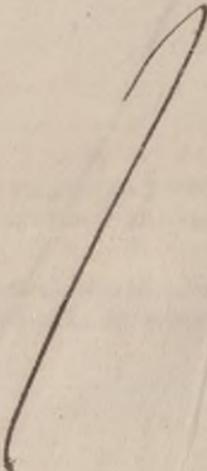
IRENE.

(Apartándose de Adriano.)

Detente ¡oh, vil! soy libre.

ADRIANO.

En la maldición eterna se alcanzará la mano mía.
(Sale precipitadamente, después de un momento de vacilación.)



EXHIBIT

(Avertissement de l'Administration)
Patente loi, VII, art. 100

En la matèria de l'obra de l'Administració de l'Impost de Patentes, l'Administració de l'Impost de Patentes, després de haver estat informada per l'Administració de l'Impost de Patentes, ha acordat, en virtut de l'article 100 de la Llei de Patentes, de 19 de Juny de 1900, el que segueix:

1.ª - Els propietaris de patentes de invencions que hagin de pagar l'Impost de Patentes, hauran de presentar, en el termini de tres mesos, després de la publicació d'aquesta resolució, el corresponent certificat de pagament.

2.ª - Els propietaris de patentes que no hagin pagat l'Impost de Patentes, hauran de pagar, en el termini de tres mesos, després de la publicació d'aquesta resolució, l'Impost de Patentes, amb el corresponent certificat de pagament.

3.ª - Els propietaris de patentes que no hagin pagat l'Impost de Patentes, hauran de pagar, en el termini de tres mesos, després de la publicació d'aquesta resolució, l'Impost de Patentes, amb el corresponent certificat de pagament.

4.ª - Els propietaris de patentes que no hagin pagat l'Impost de Patentes, hauran de pagar, en el termini de tres mesos, després de la publicació d'aquesta resolució, l'Impost de Patentes, amb el corresponent certificat de pagament.

5.ª - Els propietaris de patentes que no hagin pagat l'Impost de Patentes, hauran de pagar, en el termini de tres mesos, després de la publicació d'aquesta resolució, l'Impost de Patentes, amb el corresponent certificat de pagament.

6.ª - Els propietaris de patentes que no hagin pagat l'Impost de Patentes, hauran de pagar, en el termini de tres mesos, després de la publicació d'aquesta resolució, l'Impost de Patentes, amb el corresponent certificat de pagament.

MUTACION.

La plaza del Capitolio. Masas populares con antorchas encendidas.—Baroncelli, Cecco.

FINAL.

CORO DEL PUEBLO.

¡Aquí venimos! ¡A tierra los semblantes! La venganza es ya tu dueña, Rienzi; este es el día de tu muerte. ¡Cúmplase ya nuestra sagrada misión!

(Rienzi, con armadura y descubierta la cabeza, aparece en un terrado del Capitolio.)

CORO.

¡Allí está! ¡Oh, maldito!

RIENZI.

¡Oh, dolor! ¡Pobre Italia! ¡Siempre en guerra y vencida siempre! ¡Arda y perezca Roma entera y su pueblo cruel!

(El incendio devora el Capitolio. Se ve á Rienzi é Irene estrechamente abrazados entre las llamas. El pueblo les arroja piedras.)

CORO.

¡Muerte á Rienzi! ¡Condenacion! ¡Guerra, incendio,
destruccion!

*(Adriano entra en escena á la cabeza de los nobles. Ve
á Irene entre las llamas y corre hácia ella.)*

ADRIANO.

¡Corro á reunirme contigo!

*(El Capitolio se hunde con estrépito horrible y sepulta
entre sus ruinas á Rienzi, Adriano é Irene. Los nobles se
lanzan contra el pueblo.)*

FIN DE LA ÓPERA.

EL GLOBO,

DIARIO ILUSTRADO.

Este periódico, que ha alcanzado en los pocos meses que cuenta de vida las simpatías del público, sale á luz todos los días del año, con grabados representando monumentos, cuadros y estatuas notables, retratos de personajes célebres, vistas de diversos países, figurines de modas, etc., etc.

En el número de sus colaboradores figuran los Sres. CASTELAR, BALART, ALARCON, BREMON, CANALEJAS, FERNANDEZ GUERRA (D. AURELIANO), CAÑETE, RODRIGUEZ CORREA, VALERA, ROMERO ORTIZ, SELLES, ALVAREZ ALVISTUR, HERRANZ, PALACIO (D. E.), NAVARRETE, PEÑA Y GONI, SANTOS MANSO, VAL, RAMOS CARRION, REVILLA, GALVETE, etc., etc.

Publica EL GLOBO Revistas de Madrid, de teatros, de modas, musicales, de París y de Bolsa; artículos sobre ciencias, artes, literatura, historia, agricultura, industria y comercio; novelas de los principales autores españoles y extranjeros, charadas, geroglíficos, acertijos, variedades, anécdotas, noticias del extranjero y del interior, movimiento bibliográfico, novedades teatrales, y, en suma, todo cuanto puede ser de utilidad al lector y realizar el lema de *Moralidad, Instrucción y Recreo* que preside á esta publicación.

PRECIOS DE SUSCRICION.

Madrid, un mes.....	6 reales.
Provincias, trimestre, la suscripción directa..	24 "
Por correspondal.....	30 "
Extranjero y Ultramar.....	60 "

UN AÑO EN PARÍS ha sido impreso para regalo á los suscritores por seis meses al periódico EL GLOBO.

Los que no sean suscritores pueden adquirir esta obra al precio de 24 reales en Madrid y 28 en provincias, en las principales librerías, y en las oficinas de EL GLOBO

CAÑOS, I.

ANDRÉS VIDAL (HIJO).

EDITOR DE MÚSICA.

Pianos, armoniums, instrumentos.

PROVEEDOR DE LA REAL CASA.

Carrera de San Gerónimo, 34, Madrid.

Sucursales en Barcelona y Lisboa.